

CAMPAÑA
DE MICHOACÁN
Y JALISCO.

1852.



ACCION DE PATZCUARO.

En la mañana del día 19 de Octubre de 1852 recibí una esquila del Comandante de Escuadrón Don José Calderón, dándome una cita en Palacio á las diez de la mañana, para un asunto importante. Cuando ocurrí, me dijo que el Gobierno disponía que él y yo marcháramos al día siguiente por la diligencia á la Ciudad de Morelia, con objeto de hacer la Campaña contra los sublevados, que á las órdenes del Coronel Bahamonde habían hecho capitular á Tlazazalca y amenazaban la Capital del Estado de Michoacán.

Para expeditar nuestro viaje, se habían dado las órdenes correspondientes á la 5.^a División de Artillería á que yo pertenecía entonces, y á la Comisaría. Mi paga de marcha y el pasaporte ya estaban sacados. No tuve, pues, que hacer otra cosa, que tomar permiso de mis Jefes y alistarme.

El día 20 á las 7 de la mañana montamos en la diligencia de Toluca. En ella encontramos, entre otras personas, á los Comandantes de Escuadrón Don Jesús Malo y Don Jesús Lozano. Hacía algunos días que tenía yo noticia de que estos Jefes, que á la sazón se hallaban fuera de servicio, deberían marchar á la revolución. Así es que desde el momento comprendí que su objeto era incorporarse con los pronunciados de Michoacán. Durante el viaje no se habló más que de política, y ellos no hicieron misterio alguno de sus opiniones, que por otra parte nos eran bien conocidas.

Cuando llegamos á Toluca manifesté al Comandante Calderón, bajo palabra de guardar secreto, el motivo del viaje de Malo y Lozano, y deploramos juntos los horrores de la guerra civil, que ponía frente unos de otros amigos que se estimaban.

A la madrugada del día 21 salimos de Toluca con nuestros compañeros de viaje, sin darnos por entendidos de lo que sabíamos, y después de una penosa jornada de 36 leguas, llegamos á Maravatío, población grande y conservadora donde fermentaba la revolución.

Don José Urquiza, español rico y de influencia, se hallaba á la cabeza de la conspiración. En la noche tuvo intenciones de precipitar los acontecimientos y aprehendernos al Comandante Calderón y á mí; pero Malo y Lozano lo disuadieron, haciéndole valer nuestra amistad y nuestro conportamiento durante el viaje. Estos rasgos de caballeridad que mitigan tanto los rigores de la guerra, tuvieron por desgracia pocos imitadores durante las terribles luchas que siguieron después.

Al siguiente día, salimos unidos aún, de Maravatío, los cuatro amigos; pero en Acámbaro, donde almorzamos, Malo y Lozano se despidieron de nosotros para dirigirse á la Hacienda de Villachuato, propiedad de un hermano de Malo.

Continuamos el viaje el Comandante Calderón y yo, haciendo tristes reflexiones sobre aquella aventura, que pocos días después, podía dar por resultado la muerte de alguno de los cuatro, ocasionada tal vez por uno de ellos.

Ya tarde entramos en Morelia y fuimos á visitar al Gobernador Don Melchor Ocampo, personaje importante en el partido liberal y que después ha figurado en primer término en la revolución.

La situación de Morelia era crítica. Casi todo el Estado de Michoacán se hallaba pronunciado, y el resto organizándose para pronunciarse. El Gobierno contaba solamente con la Capital, donde el partido conservador hacía toda clase de esfuerzos para apoderarse de la situación.

Las fuerzas con que contaba el Gobierno eran:

- 80 Hombres del Batallón 2^o de línea.
 - 400 id. id. id. Matamoros, Guardia Nacional.
 - 150 Gendarmes, á pié y montados.
 - 100 Jinetes del Estado.
 - 60 Artilleros voluntarios, Guardia Nacional.
 - 80 Jóvenes elegantes (polkos) id. id.
 - 120 Artesanos en 2 compañías „ „
-
- 990 hombres por todo.

La Compañía del 2^o de línea que mandaba el Capitán Vivanco, se componía de excelente tropa, bastante sólida y disciplinada; pero por desgracia sus oficiales estaban comprometidos en la revolución.

El batallón de Matamoros inspiraba plena confianza, cuanto á su fidelidad; pero acabado de levantar en aquellos momentos, con oficiales sacados de las oficinas, sin conocimientos ni costumbre de mandar, podía esperarse muy poco de sus servicios.

Los gendarmes apenas eran útiles para hacer la policía de la ciudad, carecían de oficiales, no conocían la disciplina, y simpatizaban con los conservadores.

La caballería, mal montada, mal armada y con un sólo oficial, un tal Villerías que la mandaba, tenía por objeto la escolta de los caminos; y por lo tanto, su utilidad era muy problemática.

Los Artilleros eran artesanos que se habían presentado voluntariamente; pero no tenían instrucción alguna.

Por último, con los *polkos* y las compañías de artesanos no podía contarse para expedicionar.

La opinión nos era contraria entre los ricos, los españoles, la gente devota y las mujeres de algunas pretensiones. Entre otras, la casa española de D. Pío Bermejillo, era una agencia de la revolución. De ella se mandaban correos al enemigo, se esparcían noticias alarmantes, se compraban armas, paradas de cartuchos, y se protegía la deserción. Su descaro llegó al extremo de que el Comandante Calderón, á pesar de su finura y moderación

conocidas, se vió en el caso de ir á ella y amonestar fuertemente y aún amenazar á Bermejillo.

El enemigo, en tanto, se organizaba en Pátzcuaro, ciudad distante catorce leguas de Morelia, recibiendo recursos de Zamora, la Piedad y otras poblaciones del Estado. Muchos oficiales del ejército, dados de baja en tiempo del Presidente Herrera, se habían unido á Bahamonde y se ocupaban en instruir sus tropas.

Desde el día siguiente de nuestra llegada me ocupé asiduamente en instruir á los artilleros haciendo rápidos progresos, porque me había tocado gente entendida, y me concreté á lo muy preciso, para que cuanto antes pudiesen servir las piezas. Por otra parte, se improvisó una pequeña maestranza, y de un informe y raquíptico arsenal que yacía allí en el mayor abandono, comencé á entresacar lo que pudiera servir para ordenar el material que pensaba llevar á campaña y dejar algo arreglado para la defensa de la ciudad.

Como sucede siempre que la autoridad civil quiere mandar militarmente, todo el mundo quería dar su opinión sobre cuanto se hacía y aún intervenir en ello; y el Gobernador se desesperaba porque no salíamos á destruir á los rebeldes desde luego. En vano se le ponía de manifiesto el estado deplorable que guardábamos, y la necesidad de prepararnos convenientemente para el combate, si es que queríamos salir airesos en la contienda. Contestaba que parecía que teníamos que batir á los rusos y no á unos *pobres indios armados con hondas y garrotes*. Sin embargo, yo me rehusé cuanto pude á que se emprendiera algo, hasta hallarnos capaces, de cuya conducta tuve después que felicitar me.

Una mañana que salía yo de la Casa de diligencias donde vivía, para ir á la instrucción, me encontré las calles llenas de curiosos, mirando con aire azorado hacia las Lomas de Santa María, que quedan al Sur de la ciudad. ¡Cuál sería mi sorpresa al ver sobre ellas cuatro escuadrones formados en batalla! Ni el Gobernador, ni el Comandante Militar, ni nadie, había tenido noticia de

la proximidad del enemigo, que á tener más audacia, aquel día se hubiera posesionado de Morelia.

Corrí en el acto para el cuartel y lo hallé en un estado de desorden imposible de describir. Cuando logré hacerme oír y que la gente hiciera silencio, pude mandar á las líneas la artillería y municiones necesarias, cuya operación duró hasta las doce del día, hora en que ya estábamos capaces de sostener un ataque.

En la tarde, el capitán Vivanco, sin orden alguna, emprendió su marcha á través del llano, para las Lomas de Santa María, con la compañía del 2.^o que mandaba. Sospechando que se iba á pasar al enemigo, corrí á detenerlo; y después de cuestionar un rato, logré que volviese á entrar á la línea, disculpándose con decir que había avanzado hacia el enemigo para manifestar que el 2.^o no tenía miedo á nada.

En la noche, como de costumbre, fuimos á casa del Gobernador, al cual encontramos indignado por nuestra inacción. Le manifestamos que habiéndonos cogido de sorpresa la llegada del enemigo, apenas habíamos tenido tiempo de ponernos en estado de defendernos; que tampoco podíamos aventurarnos sobre él hasta cerciorarnos de su fuerza, pues podría ser que tras de los cuatro escuadrones estubiese la infantería, que á juzgar por el número de caballería, debía ser cuantiosa.

De todas maneras, se decidió que al día siguiente se atacaría á los pronunciados; y allí mismo formamos nuestro plan. El comandante Calderón con el 2.^o y la caballería, debería avanzar por el camino de Pátzcuaro con objeto de tomar de flanco la caballería de las Lomas que mandaba Díaz Salgado, mientras yo apoyaba el ataque con dos cañones colocados en el llano, sostenidos por una compañía de Matamoros; quedando las demás fuerzas de reserva y ocupando los puntos importantes de la ciudad. En caso de que hubiese más fuerzas del enemigo de las que estaban á la vista, Calderón se replegaría, sosteniéndolo la artillería.

Al día siguiente se verificó todo al pié de la letra, y el enemigo desocupó las lomas retirándose definitivamente.

Supimos después que el objeto del enemigo era apoyar al 2º y á los gendarmes que debían pronunciarse.

Díaz Salgado, amigo íntimo de Calderón, le escribió á éste diciéndole que había abandonado las lomas por no hacer armas contra él.

Por la muestra que teníamos del enemigo, me afirmé más y más de que debíamos obrar con prudencia y con todas las seguridades posibles para afirmar el triunfo.

Un día me hizo llamar el Señor Ocampo, al que hallé muy alarmado. Tenía en la mano una carta en la que le decían que el General Uruga, que se pronunció en San Miguel el Grande, había llegado á Puruándiro con 400 hombres de línea y una culebrina. Expresó sus temores de que se uniera con Bahamonde, á quien se le suponían 800 hombres, excitándome al mismo tiempo para que terminara pronto mis preparativos.

El Señor Ocampo tenía entonces razón de alarmarse, porque unido Uruga con los de Pátzcuaro, la revolución se hubiera consumado en el Estado sin poderlo impedir.

Con ayuda de una pequeña carta del Estado de Michoacán, que había podido adquirir; con noticias de personas prácticas, sobre las distancias y los obstáculos que ofrecía el camino de Puruándiro á Pátzcuaro; calculando que Uruga dejaría descansar algunos días á su tropa fatigada, para aumentarla, calzarla, etc., pues había hecho largas y continuas marchas; teniendo también presente que la hacienda de Villachuato queda á un lado de Puruándiro, y era forzoso que los Malos quisieran obsequiar al general en ella; pensé que el tiempo que permanecería sin moverse, y el que emplearía en llegar á Pátzcuaro, nos dejaría por lo menos seis días de que disponer. Pedí, pues, tres para acabar de alistarme, y quedó resuelta la marcha para el 1º del inmediato Noviembre, *ocho días* después de nuestro arribo á Morelia.

Como se hallaba presente el Comandante Calderón, allí mismo se concertó el plan que se había de seguir.

Debíamos salir de Morelia á las dos de la mañana, sin anunciar previamente la marcha, cosa que se podía hacer fácilmente, hallándose la tropa acuartelada y listos

los trenes. En el mismo día podíamos batir á Bahamonde, derrotarlo, y marchar al día siguiente contra Uruga, que se vería precisado á retirarse ó á batirse con tropas victoriosas.

Esta sencilla combinación que pudo haberse realizado con buenas tropas, sólo tuvo buen éxito en parte.

El 1º de Noviembre, después de haber paseado hasta la media noche anterior en la Plaza de Todos Santos, se retiraron los oficiales á sus cuarteles y se comunicó á los cuerpos que marchaban, la orden de hallarse formados en la Plaza principal á las dos de la mañana.

A esa hora todo estaba listo: la artillería, la caballería, los nacionales. Solamente el 2º no parecía. El Comandante Calderón estaba desesperado, y mandaba sus ayudantes uno tras otro al cuartel del 2º, hasta que tuvo que ir personalmente. Yo veía con mucha pena que toda nuestra combinación iba á faltar, pues saliendo tarde, no podíamos vencer las 14 leguas á buena hora para batirnos, y el enemigo recibiría noticia anticipada de nuestra marcha. En otras circunstancias, se hubiera podido dejar al 2º y sustituirlo con otra tropa; pero era la única gente con que podíamos contar para recibir un choque rudo.

Casi amanecía cuando se incorporó el 2º, y salimos de Morelia desalentados, al ver así expuesta á fracasar nuestra combinación. En Tiripitío tuvimos una alarma, por algunos exploradores enemigos que se dejaron ver. Más adelante, al pasar un desfiladero pantanoso, se atascaron las piezas y los carros, y tuvimos un rato bastante crítico. Como á las cuatro de la tarde llegamos á Huiramba, pueblo que ocupa una grande extensión, con sus casas diseminadas y gran cantidad de órganos y nopales. Era una malísima posición, tanto por su extensión que no podíamos cubrir, como porque ocultaba las avenidas en todos sentidos.

El Comandante Calderón ordenó continuar la marcha, y fuimos á acampar á la falda de un cerro poco distante, donde formamos cuadro. En todo el día no comió la sección. Llegada la noche se hicieron lumbradas para ca-

lentarse la tropa, y asar algunos elotes y pedazos de carne, no sin grande peligro de que se incendiara el parque, que se había establecido en el centro del cuadro.

Nuestra sección se componía de 450 infantes, 80 caballos y 4 cañones, á saber: un cañón de á 6, de fierro muy pesado, un pequeño de á 3 de muy poco alcance, y dos culebrinas de á $2\frac{1}{4}$.

La noche fué fría, y el copioso rocío que cae en aquella comarca nos empapó completamente. Al amanecer tuvimos noticia que el enemigo nos esperaba posesionado en un desfiladero llamado el Cristo de Piedra, donde se había parapetado. Se suponía que contaba con 800 hombres.

El Comandante Calderón me pidió mi parecer sobre lo que creía yo que debíamos hacer. Le manifesté que en mi concepto, á todo trance debíamos de procurar evitar el paso ocupado por los pronunciados, buscando al efecto otro camino. Consultado sobre la topografía del terreno que nos separaba de Pátzcuaro un oficial llamado Caballero, que iba en la sección como práctico, indicó que conocía un antiguo camino de carretas que atravesaba un monte y desembocaba precisamente al lado de la ciudad, opuesto al que ocupaba el enemigo. En el acto fué resuelto que marcharíamos por él aun cuando se tuviese que trabajar para vencer los obstáculos que pudiera presentar.

Emprendimos la marcha, ya con luz; y abríamos caminado apenas mil metros, cuando descubrimos una fuerza de caballería que nos observaba. Al variar nuestra columna de dirección á la izquierda, para internarse en el bosque, la caballería enemiga hizo además de acometernos. El Comandante Calderón me encargó de la retaguardia, dándome una pieza escoltada por una compañía del batallón Matamoros que mandaba el capitán D. Benigno Canto, y algunos hombres de caballería. Puse la pieza á la prolonga, y coloqué la tropa á los flancos en tiradores. Cuando el enemigo nos vió desaparecer en el bosque, volvió grupas y se retiró al galope, sin duda

para avisar al cuerpo de que dependía, de nuestro movimiento.

Bahamonde desocupó violentamente la posición del Cristo, y atravesando la ciudad de Pátzcuaro, fué á tomar nueva posición en las lomas que se llaman de San José.

La lámina 1.^a explica muy bien lo que va referido.

Serían las once de la mañana cuando al salir del monte la cabeza de la columna, descubrió al enemigo. En el acto recibí orden de precipitar la marcha.

El camino que seguimos desembocaba en un llano de regular extensión, cerrado por la izquierda por el mismo bosque que habíamos atravesado y que se prolongaba por aquel lado hasta la posición del enemigo. Este se hallaba ocupando un pequeño puerto con una columna de infantería. A su izquierda, en la falda de un cerro que no ocupaba, tenía cuatro escuadrones en batalla, y á su derecha, un poco retirados, sobre una loma plana, dos escuadrones también en batalla.

Comenzó la acción por una carga de caballería que intentó el enemigo sobre la cabeza de la columna, para impedir que desembocase en el llano. El 2.^o de infantería, que iba á vanguardia, la recibió con serenidad y la hizo retroceder. Entonces el enemigo adelantó un hombre á caballo que llegó hasta la mitad del llano, agitando una gran bandera blanca con una cruz roja. Parece que era la señal para que se pasara el 2.^o

Dispuso el comandante Calderón que la pieza de á 6 protegiera la salida de las tropas al llano (a). Se habían hecho algunos disparos sin éxito, cuando mi amigo el Médico cirujano D. Ildefonso Portugal, que iba voluntariamente en la sección, me invitó á que yo mismo hiciese algunas punterías. Como tuve la fortuna de acertar, la caballería enemiga, después de haberse desordenado bastante, dejó la posición y fué á guarecerse detrás de la falda del cerro. (*Lámina 2.^a*).

Entre tanto la sección había salido al llano y formado en batalla. El centro lo ocupó el batallón Matamoros con tres piezas. A la izquierda, un poco á retaguardia, la caballería del capitán Villerías. A la derecha, algo reti-